

Todos nosotros estamos conscientes del conflicto político dentro de los Estados Unidos. Algunas personas, estoy triste en decir, traen este conflicto en nuestra Iglesia Católica, que en su credo afirma que es uno, que es santo, y que es católico. Por su nombre «católico» la Iglesia afirma que nosotros somos una comunidad universal. Nuestra primera lectura y nuestro Evangelio de hoy nos recuerdan que amor es la fuente de toda la unidad, santidad, y catolicidad. Soy feliz en decirles a ustedes, nuestra comunidad hispana, que he experimentado su amor de Dios y su compasión por aquellos que están en necesidad. Pero todos nosotros queremos ser mejores que somos, y así yo quisiera que nosotros pensemos juntos en una manera en la cual todos nosotros necesitemos continuar crecer.

El escriba en la lectura del Evangelio de hoy le pregunta, «¿Cuál es el primero de todos los mandamientos?» A diferencia de muchos de los que planteaban preguntas a Jesús, este escriba hace una pregunta sincera, y había una razón y hay una razón para la pregunta. En la tradición judía hay 613 (seiscientos y trece) mandamientos, todos considerados igualmente sagrados, igualmente vinculantes, e igualmente la palabra de Dios. Así, escribió Santiago, que era un judío como casi todos mencionados en la Biblia: «Porque si alguien cumple toda la Ley, pero falla en un solo punto, es como si faltara en todo» (Santiago 2:10). San Pablo también cita de la tradición judía cuando recuerda la Iglesia en Galacia que por la gracia misericordiosa de nuestro Señor somos salvos, no por guardar los mandamientos:

Por el contrario, [él escribió] pesa una maldición sobre todos los que se van a las observancias, pues está escrito: Maldito el que no cumple siempre todo lo que está escrito en la Ley (Galatas 3:10; citando Deuteronomio 27:26).

Sin embargo, toda la tradición judía no mantuvo la gente a una norma tan rígida. Pero los profetas y los rabinos desacordaban entre sí. Quiero citar unos ejemplos. En Salmo 51 (cincuenta y uno), un salmo de arrepentimiento, leemos:

Señor, abre mis labios
y cantará mi boca tu alabanza.
Un sacrificio no te gustaría.
ni querrás si te ofrezco, un holocausto.
Mi espíritu quebrantado a Dios ofreceré,
pues no desdeñas a un corazón contrito (51:17-19).

El profeta Isaías proclamó: «Así se expresa Yavé: . . . en quien fijo realmente mis ojos es en el pobre y en el corazón arrepentido, que se estremece por mi palabra» (Isaías 66:2b). Y el profeta Miqueas proclamó: «Ya se te ha dicho, hombre, lo que es bueno y lo que el Señor te exige: tan sólo que practiques la justicia, que seas amigo de la bondad y te portes humildemente con tu Dios» (Miqueas 6:8).

Así que cuando el escriba le preguntó a Jesús, «¿Cuál es el primero de todos los mandamientos?», era una pregunta con la cual los estudiosos estaban luchando y, por lo tanto, una pregunta honesta y sincera.

En respuesta, lo que Jesús, él mismo un judío por supuesto, citó fue, «Escucha, Israel: El Señor, nuestro Dios, es el único Señor». Estas palabras de nuestra primera lectura de hoy se entienden en judaísmo como una oración y un credo, no realmente un mando. Esta declaración es una de las más antiguas, las más famosas y más queridas por la gente judía, tanto en antigüedad como hoy en día. Los judíos fieles oran estas palabras cuando despiertan por la mañana y cuando se acuestan por la noche. Es el primera oración que se le enseña a un niño judío y se usada en su adoración pública en la sinagoga.

Lo que sigue a estas palabras es de hecho un mandamiento: «. . . amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas». Entonces Jesús continúa: «El segundo es éste: *Amarás a tu prójimo como a ti mismo*. No hay ningún mandamiento mayor que éstos».

La unión de estos dos mandamientos, uno del Antiguo Testamento libro de Deuteronomio y el otro del Antiguo Testamento de Levítico (19:18b) son afirmado en todo el Nuevo Testamento como inseparables. Cuando un maestro de la Ley le preguntó a Jesús: «¿Y quién es mi prójimo?» (San Lucas 10:29b), Jesús contó una historia sobre un hombre que fue robado, desnudado, golpeado, y dejado medio muerto. Un sacerdote y un levita ignoran al hombre moribundo, pero un samaritano vendó las heridas del hombre, lo llevó a una posada, lo cuidó a él, y pagó por su cuidado continuado. Entonces Jesús preguntó a el maestro, «Según tu parecer, ¿cuál de estos tres se hizo el prójimo del hombre que cayó en manos de los salteadores? (San Lucas 10:36). Hay sólo una respuesta por supuesto. Nuestro prójimo es cualquiera que no necesita.

Estoy seguro que muchos de nuestros hermanos y hermanas católicos así como otros fuera de nuestra comunidad cuyas palabras parecen indicar que ellos odian a los de una convicción política diferente y a los de una etnia diferente ven a sí mismos como

cristianos fieles. Algunos son ciertamente fieles en su vida de oración y su oración en esta capilla ante la Santísima Eucaristía. Algunos son ciertamente generosos en su contribución financiera a aquellos en las dificultades económicas. Pero falta algo; algo pasa.

Jesús dijo a aquellos que lo seguirían:

Les doy un mandamiento nuevo: que se amen los unos a los otros. Ustedes deben amarse unos a otros como yo los he amado. En esto reconocerán todos que son mis discípulos; en que se aman unos a otros (San Juan 13:34-35).

San Juan escribió aún más fuerte como observó quienes profesaban seguir a Jesús:

Si uno dice «Yo amo a Dios», y odia a su hermano, es un mentiroso. Si no ama a su hermano, a quien ve, no puede amar a Dios, a quien no ve. Pues éste es el mandamiento que recibimos de [Jesús]: el que ama a Dios, ame también a su hermano (I Juan 4:20-21).

Es este amor—amor sincero de Dios y unos a otros—este amor que mostramos por nuestras palabras, nuestras acciones, incluso las expresiones en nuestras caras que pueden curar las heridas de odio, conflicto, y división entre nosotros. Que obremos en la gracia de nuestro Señor, que puede cambiar nuestros corazones para que podamos ser verdaderamente una «Iglesia, que es una, santa, católica, y apostólica».